

PEDRO EL GRANDE.

1682-1725.

I.

El czar Alejo, segundo de los Romanoff, dejó al morir dos hijos varones, llamados Fedor é Ivan, y seis hijas, de María Miloslavski, su primera mujer, y dos de Natalia Narichkin, con quien casó en segundas nupcias: Pedro y Natalia.

El suceso más importante y memorable de la infancia de Pedro, tierno niño entónces al que habia de condecorar despues la fama con el sobrenombre de *Grande*, fué una sublevacion de los strelitz, rebelados contra él, que debia exterminarlos andando el tiempo. Pues como al morir prematuramente Fedor, que supo distinguirse poniendo en ejecucion la reforma de los privilegios militares de la nobleza, fuera excluido del trono su hermano Ivan por los boyardos á causa de su flaca y pobre naturaleza y débil inteligencia, y con esto franqueándose á Pedro el camino para llegar á él, indignada Sofia, hermana de Ivan, de la injusticia cometida en su daño por sugestiones ambiciosas de los Narichkin, llamó secretamente á Moscow veinte mil strelitz, é hizo

correr la voz entre las gentes del pueblo del asesinato del destronado príncipe por sus enemigos. Sublevada la muchedumbre con la nueva del supuesto crimen, tomó entónces las armas en defensa de la inocencia y el derecho, y corrió á Palacio con los strelitz, pidiendo á gritos que le fueran entregados los traidores. Lo cual oido de la czarina Natalia, mandó abrir las puertas del Kremlin y se presentó al pueblo amotinado en compañía de su hermano Narichkin, y llevando asidos por las manos á su hijo Pedro y al jóven Ivan, cuya supuesta muerte habia sido hábil superchería de su hermana.

Apaciguase con la presencia del Príncipe la multitud alborotada; mas luégo atruena de nuevo con sus voces, diciendo: «Designemos ahora mismo quién ha de ser nuestro czar.» Prorumpen todos en vivas á Ivan, inclinando sus lanzas los strelitz para saludar al nuevo emperador; y para concluir con sangre la jornada que comenzaron sedientos de ella, pasaron á cuchillo sin más tardanza y arrojaron por las ventanas de Palacio á todos los parciales supuestos ó verdaderos de Natalia y de Pedro, prolongándose la carnicería y el estrago hasta muy entrada la noche y renovándose al despuntar del día siguiente con ocasion de acudir los amotinados al Kremlin en busca de más víctimas que sacrificar á su saña y feroces instintos.

El padre y un hermano de la Czarina caen juntos en poder de las turbas, y en vano es que Natalia y la misma Sofia pidan de rodillas por sus vidas, pues los strelitz, sin curarse de lágrimas y clamores, llevan al patio á entrambos, y despues de hacer sufrir al jóven horroroso martirio, le cortan los piés y las manos y luégo la cabeza, y lo descuartizan en pequeños pedazos, obligando á su anciano padre, que

tambien lo era de la Soberana de todos, á ser testigo de tan espantable suplicio ántes de hacer lo propio con él. Pedro asistió desde un mirador á la matanza de su abuelo y tío y á la humillacion de su madre, y aquel dia comenzó á odiar de una manera invencible á los strelitz, y brotó en su corazon acaso el propósito de tomar venganza de ellos, tan tremenda y temerosa, como fué temeroso y tremendo el espectáculo que ofrecieron á sus ojos las hordas sublevadas.

II.

Divídese luégo la opinion de los rebeldes, y piden que compartan el trono los hijos de Maria y de Natalia, Ivan y Pedro, poniendo así el colmo á las pruebas de su estulta barbarie, y proclaman por regenta y tytora de ambos infantes á la princesa Sofia, persona tan impropia para practicar la justicia como para ejercer la venganza. Hecho esto, se atribuyen los rebeldes la custodia de los príncipes, y se proclaman árbitros del trono, y por tal modo vigilan y agitan y perturban el triple reinado de una mujer y dos niños en el mismo Palacio.

Como se ve, al destruir Fedor los antiguos privilegios de la nobleza dejó el trono á merced de la tiranía brutal de la soldadesca; estado de cosas que debia desaparecer en breve roto y deshecho por Pedro el Grande, á quien se hallaba reservada la gloriosa empresa de fundar sobre las ruinas de ambas facciones la unidad y la independencia de la monarquía moseovita.

III.

Aspiraban Sofia y su ministro Galitzin á perpetuar la regencia despues de la muerte de Ivan, cuya salud quebrantada y doliente auguraba efimero reinado; y con la esperanza de conseguir su propósito, ejerciendo la tutela despues de muerto el Czar en la persona de su hijo, diéronle por mujer una hija de Soltikoff, llamada Praskovia, la más hermosa de cuantas damas contaba la nobleza rusa; merced á cuya union se prometia la Princesa neutralizar los efectos de la rivalidad de Natalia, madre del czar Pedro.

Y como entónces comenzara Khavanskoi, general de los Strelitz, á quien durante mucho tiempo habia honrado la Princesa-regente con su confianza y favor, á parecer olvidadizo de las mercedes recibidas, y por demas soberbio y envanecido de su predominio entre los soldados, y esto inquietase á Sofia, ideó S. A. una estratagema que la libertara del improvisado magnate. Y poniendo en ejecucion su pensamiento, hizo extender la voz de que Khavanskoi, de acuerdo con los Strelitz, habia fraguado una conspiracion para quitar la vida el mismo dia en el Kremlin á los dos Czares y á las dos Czarinas; noticia que cobró más crédito con la de su fuga del Palacio imperial. En efecto, cual si temiera Sofia ser víctima del fingido peligro, se recogió al monasterio de la Trinidad, edificio rodeado de fortisimas murallas. Una vez allí, despachó emisarios á las ciudades vecinas, para que, sin demora, enviasen tropas en auxilio del trono amenazado. Agitase la poblacion de Moscow, corre á las armas y acude al

pié de los baluartes del convento; preséntase tambien Khavanskoi pretendiendo justificarse; pero es asesinado por los secuaces de la Princesa en medio de sus tropas. Tratan entónces los Strelitz de vengar la sangre de su jefe, haciendo una matanza general de nobles; mas al verse abandonados de la capital y amenazados de las tropas que comienzan á llegar de los pueblos inmediatos, desisten, se arrepienten, se acusan á sí propios, piden cuartel, y acaban por llevar ellos mismos al pié de los muros de la Trinidad las cuerdas, lajos y hachas que han de servir para darles muerte.

Por tal modo sugiere Sofia sin pensarlo al czar Pedro el ejemplo de una sedicion provocada y reprimida desde las gradas del trono, y de su gobierno independiente y glorioso con el consejo de Galitzin. Firma una tregua de veinte años con el turco, y hace alianzas con Austria, Polonia y Venecia; combate á los tártaros en Crimea, y da por hetman á los cosacos el aventurero Mazeppa, fiel y traidor sucesivamente á todos sus señores.

IV.

Mas si era Sofia bastante ambiciosa para querer reinar á la sombra de Ivan, carecia de la perversidad necesaria para satisfacer su deseo á costa de la sangre de Pedro, su hermano de padre.

Contaba por aquel tiempo el jóven Czar diez y seis años, é iba conquistando ya en el Consejo y en la corte cierta influencia y valimiento á que por otra parte le daban perfecto derecho su alcurnia y su rango; y si bien Sofia toleraba su ascendiente por amor y obligacion, se prometia ver en breve ale-

jado del trono á Pedro, ya porque naciera un hijo á Ivan, ya porque los vicios y desórdenes de su hermano menor, escándalo de los rusos, les hiciera declarararlo indigno del trono, ya porque su misma vida turbulenta lo distrajera de los cuidados de la gobernacion del Imperio, haciéndoselos olvidar. Demas de lo expuesto, adolecia Pedro de un defecto que producía hondo descontento en el partido nacional, cuya susceptibilidad era peligroso herir, es á saber, la grande aficion que mostraba siempre á frecuentar el trato de los aventureros ingleses, franceses, polacos y alemanes que acudian á Moscow llevados de su amor á lo desconocido y con la esperanza de adquirir pingües riquezas en poco tiempo. Bien será decir que descollaron luego por su talento en la guerra, en la navegacion y en la politica varios de los amigos de Pedro, tales como el inglés Gordon, el ginebrino Lefort y el breton Villebois, verdaderos ministros de la primera civilizacion moscovita bajo el imperio del futuro Czar.

Estos extranjeros parciales de Pedro le aconsejaron discretamente que pues Ivan habia casado y podia tener sucesion en la hermosa Praskovia, contrajera él tambien matrimonio con alguna rusa para contrabalancear la influencia que diese á su hermano el nacimiento de un heredero. Hizo así el Czar, y el 17 de Enero de 1689 tomó por su mujer á Eudoxia, hija del boyardo Lapoukin, y más venturoso en esto que Ivan, tuvo el primer año de su matrimonio un hijo, pareciendo por tal modo que la naturaleza se declaraba en favor de la dinastía del uno y en contra de la del otro. Así al ménos lo entendió el pueblo, persuadiéndose de que por medio del recién nacido príncipe habia hecho Dios conocer su voluntad propicia en todo al hijo de Natalia,

con lo cual aumentó extraordinariamente la cifra de los partidarios de Pedro; que si lo temian los rusos por su carácter turbulento, más deploraban la incapacidad irremediable del czar Ivan.

V.

Si hemos de dar crédito á las interpretaciones á las veces aventuradas de los historiadores nacionales y extranjeros de la época que nos ocupa, la Regente y tutora de ambos Czares sintió al cabo celos de su hermano Pedro, y aguijoneada por ellos, determinó de apartarlo del trono por medios de fuerza para reinar más libre y desembarazadamente bajo el nombre de Ivan. Pero nada es eficaz á demostrar ni en la conducta de Sofia ni en la de su ministro Galitzin que concibieran la idea de cometer un crimen. En efecto, si tuvo en sus manos la vida de Pedro y de su madre cuando la matanza de los Narichkin por los strelitz; si luego lo dejó vivir y reinar, dándole asilo en las gradas del trono; si puesta de rodillas imploró su gracia para salvarlo de la saña y ferocidad de los rebeldes, ¿habia de haber dado tales y tan señaladas muestras de magnanimidad para matarlo despues?

Toda prudencia es poca para precaverse de los historiadores que falsean el carácter de los sucesos y de los hombres. Y por lo que á nosotros respecta, hecha la observacion que precede, nada más añadiremos sino que la estimacion y el respeto que Pedro mismo demostró siempre al ministro de Sofia, siendo Emperador único, dan testimonio de que nunca sospechó de sus consejos á la Regente respecto de él.

El único fundamento que hallamos á esta calumnia histórica levantada contra Sofía, es que como fuera demasiado estrecho el trono de Moscow para dar cabida en él á dos Czares y una Regente, existía cierta rivalidad natural, y á las veces envenenada por los parciales de cada uno, entre Pedro y sus hermanos; que la subordinación á Galitzin, ministro hábil y omnipotente, se hacía insoportable al más jóven de los Czares por efecto de su carácter violento y de su impaciencia por reinar solo, y que de estas disensiones domésticas en el Consejo y en el Kremlin, nacían inevitablemente bandos y facciones. Bien será consignar que la de Pedro iba en aumento con sus años.

VI.

No parecía sino que la Divina Providencia se complació en formar al hijo de Natalia de los elementos varios, confusos y contradictorios que componían la nacionalidad rusa en el momento histórico que debía representarla y personificarla, pues la superabundancia de savia y de fuerza rebotaban del alma y de la fisonomía del adolescente.

Su estatura era elevada, bien proporcionado de cuerpo, ancho de espaldas, de grande agilidad en sus movimientos, y de andar rápido y firme: tenía largo y musculoso el cuello, majestuosa la cabeza, más cuadrado que oval el rostro, y llenos de inteligencia, expresión y vida ojos y boca, siendo tanta la movilidad de su fisonomía, que demostraba sin transición los más contrarios afectos. Considerándolo se advertía el temple y grandeza de su alma; pero de un alma brava, salvaje, agreste, despropor-

cionada, que así podía manifestarse practicando el bien como el mal, y á quien la ruda civilización que se desarrollaba no había sujeto aún á la medida, proporciones y armonía de las facultades características y propias de los pueblos cultos.

Su rostro era reflejo fiel de su espíritu grande, pero desordenado en sus explosiones. Tenía—dice Voltaire—la exactitud que constituye la base de los verdaderos genios y fuerza tal de pensamiento, que cuando concebía una idea, ya nunca la olvidaba; pero el rasgo más principal y dominante de su carácter era la voluntad; voluntad nacida de la convicción y á las veces del capricho, y sostenida por el orgullo y el convencimiento de la superioridad de rango y de inteligencia, rápida como la imaginación, paciente como el tiempo, inmóvil como el fin que se había propuesto, y cuya imagen no se borraba nunca de sus ojos. Pues como los jóvenes extranjeros que formaban su corte habían logrado sin dificultad persuadirlo de que con los elementos de territorio, de mar y de pueblos diversos que la Providencia le otorgaba poseía Estado superabundante para desarrollar en él una de las más grandes razas organizadas del universo y hacerse á sí propio nombre famoso en la posteridad, todas sus ambiciones se contrajeron á la realización de ambos ideales: patria y gloria.

VII.

La impetuosidad de su carácter, la prematura libertad de su juventud, el interés que tenía la Regente del imperio en dejarlo corromperse, degradarse y desprestigiarse por obra de sus escandalosas

pasiones, le habian hecho entregarse, adolescente aún, á todos los errores de la intemperancia y de las malas costumbres, gloria vergonzosa de los pueblos bárbaros, no habiendo sido eficaz á contener o en la pendiente del vicio ni siquiera la felicidad doméstica que le brindaba la singular belleza de su esposa Eudoxia Lapoukin. Bien es cierto que, al decir de los más íntimos confidentes de la Princesa, era ésta de carácter violento, celoso y devorado de ambicion, defectos que prevalecieron sobre sus encantos.

Una jóven alemana, de peregrina hermosura, llamada Ana Moëns, inspiró por aquel tiempo al corazón del Czar el afecto que tuvo á Eudoxia los primeros meses de su matrimonio, siendo sólo eficaces las persecuciones tan encarnizadas que hubo de sufrir la favorita por parte de la Emperatriz á exaltar más y más la pasión de Pedro. El cual, irritado con las resistencias y contrariedades, deseando vencerlas todas juntamente, llegó á proponer á su amada repudiar á Eudoxia y casarse con ella, oferta deslumbradora que Ana rechazó siempre temerosa de unir su suerte á un príncipe de carácter tan mudable y fogoso, y tan aseQUIBLE al hastío, como feroz en sus venganzas. El Emperador con esto se apartó de Ana, de lo cual recibió ella mucho contento, abandonando la corte y entregándose libre y por completo á su amor hácia otro galán.

Pedro buscó el olvido de Ana Moëns en indignas aventuras; mas no por eso dejó de pensar en el repudio de su esposa. Ni tampoco podía ménos de ser así, pues ya fuera por complacerlo y secundar sus caprichos, ya por celos de la influencia que tenía en el Consejo para lo porvenir de una czarina dominante, Lefort, principal confidente de los secretos de Pedro, estimulaba sin cesar la enemiga

de su señor contra Eudoxia Lapoukin, deseando no sólo sustraerlo al ascendiente de los deudos de la Emperatriz, sino es también, y esto en odio y desprecio hácia los rusos, verlo unido á una princesa de Alemania ó de Inglaterra que contribuyese á consolidar el crédito de los extranjeros en la política del Kremlin.

VIII.

Lefort, que fué durante largos años alma política del reinado de Pedro, era de origen italiano, pero natural de Ginebra é hijo de una familia refugiada en Suiza por motivos religiosos. Y como le repugnaba de todo en todo el comercio, y fuera de él estuviesen casi cerrados entónces en su patria los horizontes á la expansión de las ideas, se trasladó á Francia, Holanda y Alemania, en cuyos ejércitos sirvió, alistándolo luego los agentes del czar Alejo Romanoff, padre de Pedro, para ir á fortificar la plaza de Arkangel. Apénas hubo llegado á su destino supo Lefort la muerte de Alejo, estallando con esto la enemiga de los strelitz contra los extranjeros, y quedando él reducido á la indigencia y en grave peligro de ir confinado á Siberia, sentina del Imperio. Huyó entónces de Arkangel y se dirigió á Moscow, donde fué acogido por el embajador de Dinamarca, el cual no satisfecho con ampararlo le dió el empleo de secretario y le hizo aprender la lengua rusa para que sirviese de intérprete á su legación. Por tal modo pudo ser presentado á Pedro, quien cautivado de las gracias de su ingenio le facilitó los medios de seguir la carrera de las armas, objeto de su viaje á Rusia.

Pedro quiso recibir de Lefort las primeras lecciones de organizacion militar, de lengua holandesa y alemana, de politica y de gobierno, merced á lo cual el aventurero ginebrino fué adquiriendo cada dia más favor y ascendiente en la gracia y el ánimo de su discípulo; privanza que aumentaba la comunidad en la licencia y el desórden. Presto advirtió el sa-gaz maestro que Pedro alimentaba grandes deseos de venganza contra los strelitz, y se propuso desarrollar en él la idea de sacudir el yugo de aquella turba feroz de pretorianos manchados de la sangre de su familia, comenzando por aconsejarle que formase lentamente un cuerpo reclutado entre los boyardos jóvenes, clase noble consagrada por completo al arte militar, haciéndolos recorrer por riguroso escalafon todos los grados de la milicia, no merced al favor ni al nacimiento, sino á virtud del mérito, de la instruccion y del celo, y que para dar él mismo ejemplo de la igualdad que debía reinar ante las armas, comenzara sometiéndose al reglamento del cuerpo.

Así fué como empezó á formar con sus pajes y criados en su casa de campo de Preobzajenskoí una compañía de cincuenta hombres, en la cual sentó plaza de tambor, siendo despues en ella soldado, cabo, sargento y oficial. Y desconfiaban tan poco de aquella tropa los strelitz, que tomando á juego sus evoluciones, acudian en gran número á presenciarlas y aplaudirlas.

Cuando el Czar los hubo acostumbrado por tal modo á ver sin recelo su microscópico ejército regular, comenzó á desarrollarlo por consejo de Lefort, aumentando el número de sus individuos lentamente con boyardos y soldados rusos y alemanes, hasta formar dos regimientos, que despues fueron

su guardia. Andando el tiempo, elevó la cifra de estas tropas á doce mil hombres, y los puso bajo las órdenes inmediatas de un inglés llamado Gordon. Este aventurero, más militar y ménos político que Lefort, fué el general de Pedro I, y Lefort continuó siendo su ministro, favorito y almirante.

IX.

Mientras Pedro empleaba el tiempo en penden-cias de amores, juegos bélicos y preparativos para lo porvenir, la Princesa-regente proseguia gobernando el Imperio y la corte con la firmeza, discrecion y habilidad que más frecuentemente han demostrado en Rusia las mujeres que no los hombres.

Sólo teniendo en cuenta las extraordinarias dificultades de la situacion de Sofia, en cuyas manos se hallaban las riendas del Imperio á título de tutora de un czar doliente y sin voluntad propia, y de un czar indómito y ambicioso, aborrecida de los deudos y aliados de ambos, obligada con harta frecuencia y bien á su pesar á reprimir en su propio palacio las conjuras y cábalas que los principes y princesas de su familia maquinaban unos contra otros y contra ella misma, es como podemos comprender y apreciar en su justo valor la sabiduría de la Regente y de su ministro Galitzin. Y como todo era facciones á su alrededor, si bien la suya la más numerosa, pues se hallaba en el poder, y representaba por otra parte los derechos de Ivan, heredero primogénito, es indudable que si no recurrió al asesinato para desembarazarse del partido de Pedro, fué porque la fuerza de la sangre y el horror al crí-

men ejercieron siempre imperio más absoluto sobre su alma que el supuesto por los historiadores varciales de su hermano.

X.

Empero una circunstancia pueril casi dió lugar á nuevos disturbios que privaron á Sofia del gobierno y con él de la libertad. Porque como se sintiera ya Pedro impaciente y enojado de la tutela de su hermana, quien no satisfecha con el ejercicio del poder, pretendia y se arrogaba siempre hasta en las ceremonias públicas no sólo ser su igual en rango, sino superior á veces, dió suelta una ocasion á su cólera y quiso hacerla despojar de las insignias del mando supremo durante la celebracion de los misterios en la catedral de Moscow. La corte, los guardias, el clero y el pueblo se indignaron del ultraje inferido á la Regente por el más jóven de los Czares, y Sofia resistió, retirándose Pedro humillado del templo y de la ciudad y recogiendo á su casa de campo de Koluma, situada en los alrededores. Lo cual visto de su madre, la princesa Natalia Narichkin, subleva en su favor á los strelitz y los lleva tumultuosamente á Koluma so pretexto de amparar á Pedro amenazado de la venganza de Sofia. Fingiendo dar crédito á la noticia, se repliegan los strelitz con el Czar al convento-fortaleza de la Trinidad, y una vez establecidos allí envian emisarios á los contornos y á la ciudad misma con encargo de correr la voz entre las gentes del pueblo de que la Princesa gobernadora maquina en contra de su hermano. Hallan eco y se propalan estas nuevas: Natalia con sus lágrimas persuade al mismo Patriarca, y vién-

dose abandonada Sofia de repente por los strelitz, el clero y los siervos, se dirige al monasterio para justificarse de su pretense criminal proyecto. Temerosos los parciales de Pedro de que la Princesa lo gre desbaratar aquella máquina con su presencia, para evitar la entrevista de los hermanos, salen al encuentro de Sofia, la detienen, la prenden y la llevan cautiva, ultrajada y sin darle descanso al monasterio de Novodevistchei, en cuyos subterráneos la encierran. Los jefes de los strelitz que le permanecieron fieles fueron conducidos despues á la Trinidad, para recibir, muriendo en horribles suplicios, la recompensa de su obediencia y amor á la Regente.

Queda Pedro con esto libre del yugo de su hermana y tutora; pero como ambiciona el Imperio para sí únicamente, si bien da muestras de respetar los derechos de la sangre y la inocencia del desdichado Ivan, lo despoja del título de czar y lo envia rodeado de séquito tan numeroso al Kremlin, que ántes parece guarda de su persona que no decoro de su rango. Poco sobrevivió Ivan á la destitucion de Sofia, quedando entónces Pedro reconocido en todo el Imperio por único señor del Trono en cuyas gradas nació, conquistándolo despues por obra de una revolucion palatina.

XI.

Libre la Czarina su madre de la Princesa-regente, rival de todos, empuñó las riendas de la gobernacion del Imperio sin trabas ni obstáculos que la embarazaran en su marcha el resto de la menor edad de Pedro. El cual entretanto siguió completando su

educacion administrativa y militar con sus familiares extranjeros, en Preobzajenskoï, ó viajando por las diversas regiones del Imperio. Y ya fuese que previera los destinos futuros de su pueblo, que nada tenia que ambicionar en punto á extension de territorio, y cuyas fronteras habian de ser algun dia los mares del Norte y de Oriente; ya fuese fantasia de principe nacido léjos de las costas, y á quien por esta causa debiera interesar sobre toda otra cosa la navegacion; ya fuese, y así es más probable que sucediera, efecto de sus constantes conversaciones con Gordon y Lefort, que le hablarian de los grandes arsenales de Inglaterra y Holanda, ponderándole las excelencias del poder naval, es lo cierto que Pedro se apasionó principalmente de la marina.

Su padre, el czar Alejo, que aspiraba tambien á ver surcados de flotas rusas los mares Caspio y Negro, habia hecho venir de Holanda un célebre constructor. Brandt, que así se llamaba este arquitecto naval, quedó reducido á la miseria cuando hubo muerto el soberano, y olvidado de todos, necesitó ponerse á calafate para no morir de hambre, y en tan humilde condicion habria concluido sus dias á no visitar Pedro por entónces el arsenal de Ismailoff. Porque como recorriendo los talleres y astilleros echara de ver arrinconada en un almacén una chalupa sin concluir de traza diferente á la de las barcas que usaban los rusos en aquella sazón, y le sorprendiera su corte, y preguntara por el autor de modelo tan extraño, le dijeron ser obra de un holandés que trabajaba en la maestranza. Hizolo llamar el Czar, dióle orden de acabar la navecilla, de arbolarla y de maniobrar con ella en el río. Obedeció Brandt, y admirado el Emperador de la superioridad de la chalupa, de su buen gobierno y de la

rapidez con que funcionaba su velamen, la hizo trasportar al lago de Ladoga, para donde salió con ella y su constructor, á quien, despues de nuevos ensayos, nombró jefe de los arsenales, encargándole que sin demora pusiera la quilla á dos corbetas. Llama luégo á su madre, acude con ella la corte, comunica sus planes á todos, proyecta escuadras, acumula materiales, nombra grande almirante á Lefort ántes de tener un barco en que izar la insignia, parte para Arkangel, y navega en el mar Blanco, bajo el pabellon holandés, aprovechando para sus expediciones los barcos mercantes que hacian comercio en aquellas costas.

Al fin, el año 1695, poco ántes del fallecimiento de su madre, logró ver reunida en aguas del Don una escuadrilla que debia combatir á los turcos en el mar Negro. Preocupábale ya la conquista de Azof; pero como le faltaban buenos ingenieros y oficiales, perdió en vano treinta mil hombres en aquella expedicion. No desalentó por eso, y cuando el Austria, la Holanda y el Brandeburgo le hubieron provisto de lo necesario, acometió de nuevo el sitio (1696), con un ejército de sesenta y cuatro mil hombres y una flota de catorce navíos. Él mismo mandaba uno de los buques, y otro Lefort. Atacado Azof por mar y tierra, capituló aquella vez.

XII.

El regreso del Czar y del ejército vencedor á Moscow fué un triunfo imitado de los romanos, en el cual asociaron los rusos á la pompa de los antiguos el lujo de barbarie propio de ellos. En efecto, vieron todos en aquella ceremonia, en pos de los so-

dados que ostentaban coronas de laurel, un gran carro con una empinada horca, y colgando de ella un ingeniero llamado Jacob, que desertó durante la expedición y cayó luego prisionero de las tropas de Pedro; espectáculo repugnante y odioso que subió de punto y exaltó por extremo el entusiasmo de la multitud que se agolpaba en las calles hasta Palacio.

Natalia é Ivan habían muerto ya, y Eudoxia, esposa de Pedro, acababa de tomar el hábito de religiosa en un monasterio, convertido en cárcel para ella, no faltando historiadores que atribuyan al crédito naciente del jóven privado Menchikoff el repudio y cautiverio de la Czarina, si bien otros buscan la causa de tan extremado rigor en intrigas amorosas sorprendidas y descubiertas por el vengativo marido, rumor que consigno sin darle crédito alguno, pues en tiempos y cortes como aquella, en que las pasiones constituían la única justicia, palabras difamatorias sin pruebas, no deben merecer al cronista imparcial más autenticidad que las consejas populares.

Sólo dos cosas están suficientemente demostradas en orden al particular que trato, y son el odio y mala voluntad inveterados del Czar á su primera mujer, y la saña con que la persiguió hasta en su calabozo de Schlüsselburgo; lugar triste y apartado, en el cual vivió prisionera la emperatriz Eudoxia desde 1719 hasta 1727, sin más compañía que la de una enana vieja y achacosa, que pusieron en su misma prisión para preparar los alimentos y lavar la ropa de la desterrada. Y como los años y las dolencias de la esclava solían obligarla á permanecer en el lecho largas temporadas, los papeles se trocaban entónces, y la Czarina prestaba de buen gra-

do á la vieja deforme los más humildes servicios.

Más adelante veremos que los rigores tan extremados del rudo cautiverio impuesto á la Emperatriz, ántes fueron eficaces á enconar que no á vencer su viril ambición.

XIII.

Un jóven, ofrecido por rara casualidad y escogido por más raro capricho, usurpó en poco tiempo en e ánimo de Pedro el ascendiente de su esposa; y como este privado fué despues el príncipe Menchikoff, y famoso en la historia de Rusia por la grandeza de su valimiento y de su fortuna y también de sus desgracias, y ejerció en la política de su señor extraordinaria influencia, fuerza es darlo á conocer, siquiera sea brevemente; y para el mejor desempeño de mi propósito, consultaré ciertos documentos descubiertos no há mucho en Holanda, y las memorias secretas de un confidente del emperador Pedro; papeles que no dejan la más leve duda en orden al origen, grandeza y desventuras de su favorito.

Nació Menchikoff en Moscow a guanos años despues que Pedro; pero no es posible fijar con exactitud la fecha por haberla ignorado él mismo siempre, aconteciéndole lo propio que á la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos, pues entónces no existían registros parroquiales; defecto que no se remedió en el Imperio ruso sino andando el tiempo y por mandato del mismo Czar. Los nobles subsanaron hasta entónces esta falta inscribiendo en libros particulares los nacimientos y defunciones ocurridos en sus familias.

El padre de Menchikoff era pastelero, y ganaba la

vida vendiendo su mercadería por sí mismo á los soldados en la plaza del Kremlin. Cuando nuestro Menchikoff tuvo diez ú once años, comenzó tambien á ir por las calles pregonando tortas; y como acudía preferentemente á Palacio, donde los cortesanos, los guardias y los curiosos le brindaban más ocasion de colocar pronto y bien sus géneros, y la precocidad de su ingenio y las gracias de su persona divertían á los strelitz, las bromas y juegos de los soldados con él y las careajadas de todos solían llevar á las ventanas de sus habitaciones al czar Pedro, adolescente casi de la misma edad, el cual recibía tambien mucho contento de oír las réplicas del mozo.

Cierto día, pues, que un strelitz más brutal en sus chanzas que los otros hacía llorar á Menchikoff tirándole de una oreja, viólo Pedro, y abriendo encolerizado la ventana, mandó al soldado soltar el niño y dijo á otro que lo subiera. Entónces pareció Menchikoff en los salones de un palacio por la primera vez de su vida, y se hizo tan simpático al Czar por su aplomo, su actitud desembarazada y respetuosa y la pintoresca jovialidad de sus respuestas, que lo incorporó en el acto á sus pajes, revistiéndolo por sí mismo con el magnífico traje que reemplazó al traído y roto que vestía. De allí á poco lo destinó al servicio interior de su cámara, comenzando á mostrarse con él familiar hasta el extremo.

Desde aquel entónces, Menchikoff fué inseparable de su amo, acompañándolo á todas partes, y siguiéndolo hasta el salon del Consejo, donde la costumbre de oír tratar un día y otro de los negocios ministeriales despertó en él con el instinto de la política, buen juicio y ambicion desaforada. Pedro lo consultaba muy á menudo en órden á los asuntos

más arduos y secretos, y los ministros, que coronaban el ascendiente del paje sobre su señor, halagaban al amigo para captarse la benevolencia del Monarca. Menchikoff entretanto iba su camino, debiéndolo todo á la naturaleza, y nada, pues nunca supo ni leer, á la educacion. Su aptitud era, sin embargo, extraordinaria; su criterio admirable; la exactitud de sus apreciaciones rayaba en infalibilidad, y su amor al Czar absoluto y ciego. Agradecido Pedro al afecto que le mostraba el mancebo, siguió elevándolo de merced en merced; y como por otra parte habia menester de un ministro extraño á los intereses de clase y á las intrigas de los antiguos magnates rusos, é identificado completamente con él, persuadido de que lo habia encontrado en Menchikoff, quiso atraérselo más todavía, obligar y empeñar más aún su gratitud, poniéndolo en el caso de que cuanto fuera se lo debiese á él, y de que sin él ó despues de él nada fuera, y para conseguir mejor su objeto le otorgó título de príncipe y lo colmó de riquezas y honores á manos llenas.

XIV.

La muerte de Ivan, la reclusion de la czarina Eudoxia en un monasterio, la deshonoracion y cautiverio de la regente Sofia, la gloria y el triunfo de la campaña de Azof, y la paz con las potencias occidentales aseguraban al jóven Czar y le prometían largos días de seguridad y sosiego en su palacio y en el Imperio. Había llegado, pues, para él la ocasion tan esperada de salir de Rusia y viajar por Europa.

Porque seducido desde su más temprana edad

por las descripciones que sus favoritos extranjeros le habían hecho de las costumbres, leyes, artes, manufacturas, ejércitos y armadas de la Europa culta, le halagaba la idea de importar en su patria todos los descubrimientos, progresos y adelantos, planteándolos y desarrollándolos en ella bajo su reinado, el cual, á juzgar de su juventud, prometía ser largo, colocando, merced á ellos, su Imperio en un espacio de tiempo relativamente corto al nivel de los pueblos más civilizados y de más perfecta organizacion. Y para mejor conseguir su propósito, queria juzgar por sí mismo de la distancia moral que separaba los rusos de las naciones cultas, de las diferencias de caracteres y del progreso que debia realizarse, é instruirse de una manera práctica por sí mismo en las legislaciones y teorías gubernamentales, así como también conocer las industrias y establecimientos fabriles que con tanta eficacia sirven de vehículo á la prosperidad y desarrollo de la riqueza y del bienestar de la humanidad, volviendo luego á sus Estados, no sólo á título de monarca, sino de precursor de toda civilizacion.

La conspiracion del boyardo Tsikler, recientemente nombrado gobernador de Taganrok, aplazó por un espacio la realizacion de tan vastos proyectos. Tsikler se habia propuesto, con otros dos jefes de familias nobles, tan hostiles como él á las innovaciones que Pedro se prometia realizar, el asesinato del Emperador, la reunion de los cosacos en Moscow, el restablecimiento de las antiguas leyes y la jura de otro soberano.

Sabedor el Czar de que los conjurados se reunian misteriosamente por las noches en casa de uno de sus jefes principales, llamado Sukoroi, mandó cercarla, y hecho esto, entró resuelto en el edificio,

seguido de un guardia. Sorprende á los conspiradores en la mesa, finge ignorar el motivo que allí los tiene congregados, bebe y brinda con ellos, advierte sin temor las miradas de inteligencia que se dirigen para concertarse respecto del momento más oportuno de realizar su plan, y cuando un mensajero le advierte que ya todo está preparado, se levanta, desenvaina el sable, los apostrofa increpándolos por su alevosía, quedan todos mudos de asombro al verse descubiertos, se postran á sus piés implorando perdon, entran los soldados, Pedro hace sacar de allí á los rebeldes, los somete á un rápido sumario que condena inexorable á morir descuartizados á cuantos participaban en la conjura, y terminada la ejecucion abandona la capital, entregando las riendas del gobierno á Strechnef y al príncipe Ramonodosky, auxiliados de un Consejo compuesto de boyardos fieles.

XV.

El Emperador emprendió su viaje á Europa de incógnito y cual si fuera solamente persona de calidad que formaba parte del séquito de los embajadores del Czar en las principales cortes. Vestian estos diplomáticos y sus acompañantes el traje nacional ruso, muy parecido al de los tártaros y compuesto de largos y anchos gabanes guarnecidos de riquísimas pieles, con botonaduras de plata, oro y pedrería, gorras forradas de marta cibelina y adornos de brillantes, y cortos y anchos sables pendientes de la cintura. Sólo el Czar y su ministro Lefort iban á la moda tudesea.

A pesar del misterio, conocieron los sucesos al